

CRISIS Y UTOPIA EN EL SIGLO XXI

Félix Rodrigo Mora

“Una mente sana en un cuerpo sano”

Juvenal, Sátira X

Hoy, cuando se pronuncia la palabra crisis es para referirse a la económica, ahora tan en boga, o para nombrar la medioambiental, o la energética. De sus expresiones fundamentales, la crisis de la civilización, ya prácticamente sustituida por la barbarie; la crisis de la esencia concreta humana, en trance de desaparición, o la crisis de la libertad, descomunal bajo el régimen de dictadura constitucional y parlamentaria en ejercicio, casi nadie se ocupa.

Dado que únicamente alarman aquéllas, que afectan a lo material, biológico y corporal, sin que la pavorosa crisis del ser humano en tanto que mente, conciencia y espíritu suscite casi ninguna inquietud, me rendiré a la evidencia del formidable predicamento que sigue teniendo “el partido del estómago”¹ y, sea, comenzaré por describir lo que está pasando, hasta donde es posible comprenderlo, en el ámbito de la economía y la naturaleza.

La crisis económica

En primer lugar conviene advertir, para evitar interpretaciones apocalípticas, que el sistema estatal-capitalista, desde que fue instaurado con las revoluciones liberales, suele estar en crisis de manera casi permanente. Se podría decir que ése es su modo de existencia y una de las causas de su singular fortaleza estratégica, pues en cada una de

¹ Expresión utilizada por Jules Guesde y otros jefes de la II Internacional, socialista, para definir a los partidos obreros que decían inspirarse en el marxismo, ya a finales del siglo XIX. Dado que la expresión, en su brutal sinceridad, calificaba bien este movimiento, fue pronto discretamente retirada de la circulación, sin que por ello la socialdemocracia modificase su orientación básica. Hoy, la categoría de “partido del estómago” es aplicable a toda la izquierda, a la institucional tanto como a la mayoría de la “anticapitalista”. Para ella el ser humano es un ente zoológico que sólo necesita nutrirse, restaurarse fisiológicamente, y que carece del componente espiritual. Pero éste, en la forma de **conciencia**, resulta ser el elemento número uno de la revolución, de manera que su negación es la forma más precisa de nulificar la causa motriz de aquélla.

ellas (no sólo en las económicas sino, más aún, en las crisis políticas, bélicas, ideológicas y otras) se regenera y reconstituye a un nivel superior. Esto significa que ninguna perturbación económica por sí misma nos regalará el “derrumbe” del capitalismo, sino formas sucesivas cada vez más robustas, aunque al mismo tiempo más degeneradas. La crisis de 1929, de la que tantas fáciles e ignaras interpretaciones circulan, produjo, con la II guerra mundial y la derrota del nazi-fascismo, el triunfo planetario del imperialismo norteamericano, que aún se mantiene, en tanto que expresión superior de dominio del Estado y de la clase empresarial, en vez de la revolución proletaria mundial pronosticada.

Por el contrario, la guerra civil aquí, de 1936-39, en lo que tuvo de verdadera revolución popular, apenas debe nada a dicha conmoción económica, pues resultó de cuestiones inmateriales en litigio, la defensa de la libertad, el afán de realizar la justicia, la persistencia de una cosmovisión y cultura propias en las clases modestas, el rechazo de la expansión estatal, la sana fobia al trabajo asalariado y así sucesivamente.

Lo que podemos saber de la crisis económica iniciada en 2008 es poco, y ello muy distorsionado por los aparatos oficiales y privados de aleccionamiento de masas. Las personas más inquietas intelectualmente leen a los economistas supuestamente entendidos, como el multipremiado Paul Krugman, pero lo que encuentran es poco más que mediocre literatura, facturada por este hábil vendedor de humo, que lo ignora casi todo y que oculta lo poco que sabe. Otros, aún más despistados, creen que una relectura de “El capital. Crítica de la economía política”, de Carlos Marx² les puede ayudar. Pero el problema está en que ni siquiera podemos tener los datos más fundamentales, pues ésta es una sociedad sin libertad de conciencia ni libertad de expresión, en consecuencia, sin libertad para informar e informarse. En efecto, las informaciones y comentarios sobre economía pasan, como cualquier otro asunto, por los diversos gabinetes de censura previa de hecho, destinados a hacer que el público viva en la neo-ignorancia propia de la modernidad, la más sofisticada y peor de todas, en la que el acto de no saber y no comprender va envuelto en una masa colosal de información sesgada y manipulativa.

Lo poco que se filtra y pasa la censura indica que, ante todo, la crisis resulta de la hiper-extensión del Estado, como se observa particularmente en EEUU. Tal crecimiento patológico busca robustecer a cada ente estatal en contra de sus rivales, los otros Estados, y reforzar el control sobre la masa popular, lo que ha disparado los *costes de dominación*, noción que, desde luego, no es fácil de hallar en los manuales de economía. Esos dos aspectos hacen que las exigencias estratégicas que sobre todo el ejército plantea a la sociedad, que van más allá de lo recogido en los guarismos sobre gastos militares, hayan originado una economía altamente distorsionada, aberrante y

² El tomo I se publicó en 1867, el II y III por su amigo F. Engels en 1885 y 1894 respectivamente, si bien éste se limitó a dar forma literaria a las notas que Marx dejó inacabadas a su muerte, en 1883. Por tanto, la obra como tal es de mediados del XIX. Considerar que lo elaborado entonces, con un capitalismo rudimentario ante sí, puede explicar el presente es dejarse ganar por el dogmatismo. Además, su autor, que creía acriticamente en los lugares comunes de la economía política burguesa de moda en su tiempo, cometió errores bastante graves, como son el olvido de la función económica del Estado; una inapropiada interpretación de la significación última del quehacer económico, que siendo un medio lo presenta como un fin, el aferrarse a la charlatanería hegeliana y adoptar un enfoque mecanicista, providencialista y teleológico del proceso histórico, según el cual los mecanismos objetivos “salvan” a la humanidad, con el proletariado como nuevo Mesías. Es verdad que ya casi nadie se declara marxista, dejando a un lado a pequeños grupos de nostálgicos, pero también lo es que muchos aún siguen pensando con categorías y utilizando nociones propias del marxismo, lo que les condena al caos intelectual, a la inoperancia práctica y, lo que es más grave, al seguidismo hacia la socialdemocracia.

parasitaria. El incremento en flecha de los costes de dominación, que ha tenido lugar en los últimos decenios se manifiesta de muchas maneras, que se enumeran a continuación.

Aumento descomunal del gasto militar, directo e indirecto, así como de la subordinación del conjunto de la vida social a las necesidades estratégicas del Estado, siempre definidas en términos sobre todo militares. Crecimiento colosal de las secciones de la sociedad de la información, esto es, de los costes para la manipulación total de las conciencias. Progresión del número y gasto de profesores y académicos, así como el de estudiantes, sin olvidar a la estetocracia, cada día más dependiente de los subsidios estatales. Desenvolvimiento, del Estado policial, judicial y carcelario. Progresión descontrolada del gasto médico y asistencial. Institucionalización a cargo del presupuesto estatal de los movimientos sociales hoy pilares del sistema (aunque con algunas excepciones honorables en cada uno de ellos), en particular el ecologismo, feminismo de Estado, anti-racismo, homosexuales y ONGs, sin ignorar a las viejas y nuevas religiones. Aumento descomunal de la tecnología en uso, cada vez más ineficiente en lo productivo y más sofisticada en sus funciones de sometimiento, cuyos enormes costes ocultos hay que satisfacer. Desenvolvimiento de la industria del entretenimiento, los viajes de capricho y el ocio, en tanto que sección particular del aparato de aleccionamiento y amaestramiento de las masas. Expansión de lo que se ha llamado “sociedad de drogodependientes”, con una progresión que parece imparable del consumo de drogas “ilegales” y legales, alcohol, psicofármacos, tabaco, café y otros. Auge de los costes económicos resultantes de la expansión inducida desde arriba del odio, el enfrentamiento interpersonal y la incapacidad para la convivencia en la totalidad del cuerpo social. Aumento del número y los ingresos de todo un ejército de manipuladores de las conciencias, sobre todo psicólogos y psiquiatras, y de los beneficiados de la desintegración de la convivencia, como los abogados.

A ello se añade una grave crisis financiera en las viejas potencias imperialistas, EEUU, UE y Japón, con rasgos tan peculiares como poco conocidos, que quizá tenga su expresión última en la competencia de las dos monedas fuertes a escala mundial, dólar y euro, en países ajenos a los que las emiten, en particular China, alguna otra nación asiática y ciertos Estados árabes productores de petróleo. Sea como fuere, los entes estatales de los países ricos están inyectando ingentes sumas de dinero en las grandes empresas bancarias, industriales y comerciales, sin las cuales su existencia de se haría hoy más que problemática. Ello es una prueba excelente de que el capitalismo sin el Estado no es gran cosa, en todos los sentidos. Se da, así mismo una crisis de sobreproducción, que se irá superando a medida que los invendidos encuentren salida y el desorden financiero amaine, por la acción gubernamental. También operan los efectos perturbadores de la caída de la tasa de ganancia, aunque este fenómeno es difícil de saber si se presenta como causa (así lo quiere la dogmática economicista) o como consecuencia del estado de caos en que yace ahora la economía, tras más de quince años de bonanza y altas tasas de crecimiento.

¿Cuál será la proyección más probable de todo ello? Se ha de insistir en que lo conocido es demasiado poco para realizar pronósticos bien fundados, pues las fuentes de datos y expedientes que usan los mandos militares, altos funcionarios, académicos y oligarcas no son asequibles al gran público, pero lo que sí parece indudable es que EEUU, la potencia más afectada por las perturbaciones, se está orientando en la dirección de vigorizar su aparato militar, para someter sobre todo a China, la superpotencia ascendente. En realidad, Obama, como “líder” al que el neo-racismo progresista e izquierdista apoya de forma irreflexiva precisamente por el color de su piel, ha sido puesto por el ejército para robustecer el aparato militar de EEUU, baza imprescindible para superar la crisis dando un vuelco a la situación mundial. El

proyecto consistiría presumiblemente en envolver a China, la potencia imperialista ascendente número uno, para que ésta se resigne a ser productora de bienes a precios ínfimos, que Estados Unidos compraría, sin pretender convertirse en superpotencia, que es lo que está ya haciendo, por ejemplo, incrementando espectacularmente su presupuesto militar, exportando capital, buscando aliados estratégicos, etc.

En cualquier caso, lo que resultará de la crisis económica en curso será un ascenso del militarismo, no “la revolución” o algo similar, un recrudescimiento de las medidas de control social y una explotación aún más rapaz de los recursos naturales. EEUU pretende reeditar, en una situación más crítica para ella, sus éxitos en la “guerra fría” contra la URSS, es decir, el logro de una victoria sin enfrentamientos bélicos al máximo nivel, pero ahora su estado de debilidad y descomposición interior es mucho mayor que hace treinta años, lo que llevará a incrementar expeditivamente las exigencias político-jurídicas, tributarias, ideológicas, policiales y militares sobre la población, que se encuentra en unas penosas condiciones de conciencia y existencia, de las que ella misma es en buena parte responsable, de modo que no es meramente una “víctima del sistema” como se la presenta desde una óptica paternalista, que niega la responsabilidad del individuo y de las clases populares, por tanto su aptitud inmanente para la libertad. En la Unión Europea, los acontecimientos seguirán, probablemente, una evolución similar, y si aquélla desea mantener su estatus mundial tendrá que aportar medios, dinero y muchos más hombres-mujeres como soldados a las tareas de preservación del vigente orden mundial.

Tales son las consecuencias profundas de la crisis, pues sus manifestaciones episódicas (superproducción, paro, deflación, quiebra de empresas, contracción del PIB, etc.) se resuelven solas, como ha sucedido siempre, dando origen a un sistema financiero más eficiente, según sus fines, a una mayor concentración y acumulación del capital y, sobre todo, a una presencia más activa del Estado en todos los aspectos de la vida social. Esto último es lo que, sobre todo, la crisis va a ocasionar, lo está haciendo ya, de manera que vamos hacia un “socialismo” al gusto de los estatistas más exigentes de la izquierda y del “movimiento antiglobalizador”. En él el capitalismo estará mucho más controlado, siendo por ello bastante más poderoso que anteriormente. Todo ello puede llegar a ser, finalmente, un modo peculiar de economía de guerra.

Pero los “buenos tiempos de antaño” no volverán. El consumo de masas se irá restringiendo paso a paso, y a ese ritmo iremos retornando a una sociedad de la escasez, lo cual no es ni positivo ni negativo, pues será sólo el nuevo modo de existencia del sistema económico estatal y capitalista. Eso sí, la ideología de la fiesta a todo trance, del derroche en nombre de “la felicidad” y del ideario de “divertirse hasta morir”³ cambiará. El tiempo de trabajo crecerá más y más (lo lleva haciendo desde hace unos quince años), los salarios reales menguarán, la calidad de los productos y servicios tenderá a disminuir más aún, las prestaciones y subsidios del Estado de bienestar, dado el grave endeudamiento del ente estatal, se irán contrayendo, con lo que el abotargado y

³ Éste es el título de un libro de Neil Postman sobre el nivel de locura que ha alcanzado el ansia de gozar y divertirse en EEUU, concluyendo que “somos un pueblo al borde de divertirnos hasta la muerte”. Entre nosotros las cosas, probablemente, están hoy peor aún, si cabe. El autor, aunque cautelosamente, establece el nexo adecuado entre sociedad de la diversión y tiranía política. De lo que no trata es de la contribución fundamental que ha realizado la izquierda a la popularización de la sociedad de la diversión, hecho entre otros muchos similares que permite sostener que aquélla, si se va al grano y se deja la fraseología engañadora, es el sector más eficazmente reaccionario del espectro político. Ella, no sólo la oficial sino también la heterodoxa (por ejemplo, la Internacional Situacionista) ha enseñado al proletariado a, por decirlo en palabras de Plutarco, “medir la felicidad con su vientre”. Dado que tal ha sido interiorizado por los asalariados, la posición ante éstos no ha de ser seguidista ni paternalista sino crítica, afectuosa pero firmemente crítica.

degradado sujeto medio de las sociedades contemporáneas, al cual corresponde una parte importante de responsabilidad en lo que está sucediendo, irá conociendo una realidad nueva y más problemática.

Ante todo ello no se trata de volver a la época, ya en trance de hacerse pretérita e irrecuperable, del consumo de masas, lo que se pretende con la consigna “que la crisis la paguen los capitalistas”, sino de oponerse y denunciar el sistema, desde una perspectiva revolucionaria, en sus tiempos de crisis tanto como en los de prosperidad, negándole en ambos. Con escasez o con abundancia tenemos que condenar toda salida que busque estabilizar de nuevo el orden vigente para poder retornar a consumir a calzón quitado. Se trata de vivir de otro modo, no de tener más bienes y servicios en el actual orden, de manera que “las luchas” obreras y populares por más dinero salarial, menos paro, más prestaciones del Estado de bienestar y más consumo contribuirán muy poco a la gestación de una salida revolucionaria a la crisis, bastante improbable, sin duda, pero al mismo tiempo, la única apropiada, por sí y por lo que aporta en la esfera del fomento de la conciencia.

La crisis medioambiental y de agotamiento de los recursos naturales

La realidad actual se hace aún más compleja por la gravedad y extensión de las disfunciones en el ámbito de lo medioambiental, que no se manifestaron en las perturbaciones económicas de 1929. Pero tales daños, la degradación de los suelos agrícolas, el avance de la desertificación, la escasez de agua, la destrucción de los bosques autóctonos, el ascenso de las plagas y enfermedades de las cosechas, el arbolado y la ganadería, la pérdida de la biodiversidad, el aumento de las prácticas agrícolas y ganaderas contaminantes, destructivas e incluso devastadoras, el agotamiento del petróleo y otros sucesos similares, se manifestarán como factores fundamentales de crisis sólo paso a paso, lentamente, por lo que no puede hablarse de “colapso” del sistema. Ello nunca sucederá, pues una formación social no es ni una máquina, que súbitamente se gripa o falla, ni un organismo vivo, que puede fallecer de muerte súbita.

En las presentes circunstancias el sistema de dominación posee, por el momento, muchos elementos contrarrestantes. La fertilidad de los suelos sólo está decayendo con lentitud, y la desaparición de especies no afecta a la proliferación de las pocas docenas de ellas con interés económico. El cambio climático necesita casi un siglo para hacerse realmente pernicioso. La escasez de energía puede contrarrestarse con otro modelo de consumo de derivados del petróleo, impuesto desde el Estado, así como con la instalación de más centrales nucleares, el fomento de los biocarburantes o con la mejora de la eficiencia, hasta ahora reducida, de los parques eólicos, entre otras varias medidas posibles. La falta de agua encontrará en diversos procedimientos un paliativo de importancia, al menos durante muchos decenios. De manera que el catastrofismo ecologista y ambientalista no se asienta sobre bases creíbles. Por ejemplo, el modelo de consumo de petróleo actual no puede mantenerse más allá de unos pocos decenios, en efecto, pero sí otros modelos, similares, pongamos por caso, a los instaurados en épocas singulares, como fueron la I y II guerra mundiales en los países contendientes, o un nuevo tipo por inventar. Lo ahora existente en ningún sentido tiene por qué ser considerado como lo que se dará en el futuro, pues si algo ha manifestado el régimen estatal-capitalista es una plasticidad y versatilidad extraordinarias que le ha permitido adecuarse a condiciones muy cambiantes, con gran éxito. Han sido precisamente el izquierdismo y el “radicalismo” “antisistema” los que han mostrado siempre, desde hace ciento cincuenta años, en sus modos de pensar y obrar, una tendencia pasmosa al

dogmatismo, la atemporalidad y el anquilosamiento, a la repetición de fórmulas inactuales y gastadas, al no ser capaces de enfrentarse creativamente a las nuevas situaciones constituidas en los diversos momentos históricos.

En cualquier caso, con más o menos recursos naturales, más o menos fuentes energéticas, más o menos potencial demográfico, el sistema de dominación se perpetuará si la acción revolucionaria no pone fin a su existencia. Es esta intervención consciente y deseada la única capaz de liquidar sus perniciosos efectos de todo tipo, junto con su existencia, y no ningún “colapso” ni ningún “derrumbe”, soñados por los deseosos de recibir como regalo, sin tener que realizar “excesivos” esfuerzos, un nuevo orden social. Por tanto, se trata de evaluar qué vamos a hacer, mucho más que especular sobre lo que la crisis es, puede ser o nos va a proporcionar, no, desde luego, el obsequio de una nueva sociedad. Ésta, o la alcanzamos con nuestro esfuerzo persistente, reflexivo y sacrificado o jamás será una realidad.

Quienes exageran la gravedad y velocidad de progresión de la crisis múltiple en desarrollo del actual sistema, utilizan sus jeremiadas para dificultar la preparación frente a lo que ha de venir. Con su desmesura transmiten la idea de que “no hay tiempo” ya para pergeñar una visión estratégica, ni un programa integral ni un plan encaminado a lograr la extinción del orden constituido. No comprenden que la crisis del sistema, aún siendo muy real, tiene un buen número de factores contrarrestantes, que le estabilizan, en primer lugar el poder descomunal que han logrado los Estados desde mediados del siglo XX hasta hoy, por lo que la progresión de los factores de descomposición y crisis ha de ser de carácter lento, actuando, por tanto, durante siglos, y que para eso hemos de prepararnos. Debemos operar en *el tiempo de la historia*, más que en de la duración biológica de la vida humana, lo que demanda la cooperación entre generaciones, durante varias centurias.

Algunos casos históricos pueden ilustrarnos al respecto. La crisis de la formación social romana, ya pavorosa en el siglo III, cuya causa principal fue la hiperextensión del Estado en sus muchas manifestaciones, aunque ocasionó una situación tremenda, con un sufrimiento descomunal de las gentes, no llevó a ninguna revolución y en realidad originó escasa resistencia popular. Las masas de la época estaban tan envilecidas (aunque quizá no tanto como las actuales) que escogieron dejarse morir, si se excluye a algunos movimientos rebeldes, como los bagaudas, que resultaron precisamente de pueblos escasamente romanizados, por tanto con otra cosmovisión, y los donatistas, expresión del cristianismo revolucionario insurgente. Finalmente, el sistema, que parecía agonizar, se regeneró con los reinos germánicos en Occidente, a partir del siglo V, lo que le proporcionó siglos de continuidad, si bien es cierto que a un nivel inferior.

La crisis del siglo XIV, enigmático acontecimiento del que aún hoy se sabe muy poco, hizo desaparecer entre un quinto y la mitad, según las zonas, de la población europea, por malnutrición crónica, desorden económico, epidemias y, tal vez, negativa vital a adecuarse a las nuevas condiciones políticas, económicas y convivenciales. Aún así lejos de ser una época revolucionaria, esa centuria fue en todo Occidente, más aún en la península Ibérica, un tiempo de reacción desencadenada, con insolente crecimiento del poder de la corona y los señores eclesiásticos y laicos, eliminación del concejo abierto en villas y ciudades, reducción de los patrimonios comunales, liquidación de facto de las milicias concejiles, progresión del derecho romano, inicio de un nuevo ciclo de aherrojamiento de las mujeres y otros grandes males, a los que las gentes apenas resistieron. Si la historia es, o debe ser, maestra de la vida, sería sensato no echar en saco roto las lecciones que proporcionan estos episodios de nuestro pasado.

En las presentes circunstancias, lo decisivo hemos de esperarlo de la conciencia, de su desarrollo y difusión, así como de las formas organizativas que se formen en torno.

Considerar que la intervención policial, represiva, va a ser la fundamental en los años por venir no es, tampoco, adecuado. En las actuales condiciones de conformismo casi total, de liquidación virtual del pensamiento revolucionario, el sistema pondrá el acento sobre todo en el control político, mediático, escolar, estético e ideológico, que es el que le ha proporcionado los éxitos tan formidables que ha logrado en el último medio siglo. La acción represiva quedará como opción complementaria, lo que no impedirá que la implantación del Estado policial continúe progresando a buen ritmo.

Algunos cálculos señalan que tal vez en los 100-150 años próximos la población del planeta se reduzca al 10% de la actual, como consecuencia de las diversas crisis materiales y espirituales en curso. Ello no es improbable, pero el colosal sufrimiento y la drástica mortandad que significaría no necesariamente han de llevar a fortalecer o relanzar la resistencia popular. Todo depende del grado de conciencia de las gentes, de su coraje y disposición para reflexionar con objetividad, marcarse metas revolucionarias y actuar colectivamente en pos de su realización.

Las carencias y penalidades causadas por la crisis en desenvolvimiento tenderán a crear efectos positivos tanto como negativos en la evolución de las luchas y en la toma de conciencia, aunque es difícil saber ahora cuáles de ellos prevalecerán. Entre los primeros están el debilitamiento del Estado por escasez de recursos, la mayor puesta en evidencia del sistema de dominación y explotación (aunque en una sociedad hiper aleccionada y dogmatizada los hechos cuentan poco, pues el sujeto medio se guía por teorías e ideas abstractas) y los cambios en el discurso oficial que la nueva situación ha de inducir, lo que abrirá grietas argumentativas a utilizar. Entre los negativos, el peor de todos es la constitución de una mentalidad general de “sálvese quien pueda”, generada por la obsesiva campaña realizada desde hace varios decenios a favor del egotismo, el individualismo y el interés particular. También ha de tenerse en cuenta que las instituciones redoblarán sus actividades políticas, creando nuevos movimientos de masas y nuevas formaciones políticas, quizá con mucho empuje y arrastre. Lo mismo hará el formidable aparato mediático, hoy capaz de convencer de cualquier cosa a la masa inerme, neo-ignorante, aculturada y atomizada.

Las crisis económica, energética y medioambiental no pueden
cambiar espontáneamente el orden vigente

El anterior enunciado debería ampliarse con una formulación complementaria: no pueden conseguirlo y, por sí mismas, tampoco son capaces de hacer progresar el factor consciente. Los motivos son muchos y poderosos.

En primer lugar, hoy no existe un proyecto de sociedad alternativa a la actual, estatal y capitalista. Naturalmente, no se trata de entrar en detalles pero sí de pergeñar su naturaleza última y rasgos más definitorios. Dado que apenas nadie se ocupa de elaborarlo, resulta que carecemos de metas y propósitos estratégicos mínimamente precisos por los que batirse, más allá de las vaguedades habituales, que apenas nada significan y a nada comprometen, lo que ha constituido una situación de bancarrota argumentativa, política y espiritual sin cuya superación nada puede realizarse. Ello convierte el quehacer de muchos supuestos radicales en mero activismo sin estrategia, un obrar ciego y aturdido que el sistema pone a su servicio cuando le interesa, como hizo en 2004. En realidad, tras ese activismo sí hay una estrategia, la de admitir el actual orden político pero desarrollando luchas parciales que mejoren nuestro nivel económico

y “calidad de vida” bajo el mismo, sin cuestionar su esencia y existencia. Ello lleva, como estamos viendo, a cerrar filas con el poder en los momentos críticos, como en los que nos adentramos ahora. Ese estado de ánimo pragmático y ávido se manifiesta en la obstinada negativa a criticar al régimen parlamentario y constitucional con algo más que unas cuantas frases vacías y de circunstancias: no lo hacen porque es *su régimen político favorito, éste, la vigente dictadura*.

En segundo lugar, no se da la suficiente valía del sujeto, no existe la necesaria calidad del individuo para librar una lucha de aniquilación contra el sistema⁴. La destrucción de la esencia concreta humana que están realizando, planeadamente, las elites mandantes se manifiesta dentro de las filas de los “antisistema” con rigurosidad. Dejando a un lado las excepciones que son de justicia hacer, en la militancia de los ambientes supuestamente radicales no existen hábitos de reflexión ni estudio ni de planificación, de donde ha resultado una situación que linda con lo ridículo: hay una debilidad tan fundamental en los argumentos, formulaciones y propuestas que les aísla de la sociedad y transforma en marginales.

No existe, en ellos, capacidad para convivir y unirse a fin de llevar la brega contra el orden establecido a un nivel superior. Falta entrega, fortaleza y entusiasmo tanto como sobra ramplonería hedonista y bajeza de miras. Escasea la longanimidad que lleva a considerar el propio esfuerzo como aportación magnánima a la realización de un ideal superior a los intereses del yo. La noción de beneficio privado, que es la central del capitalismo, campa en tales medios por sus fueros, si bien ligeramente alterada en sus objetivos: muchos quieren desarrollar, realizar y satisfacer su ego, pocos desean esforzarse y servir desinteresadamente a la gran causa de la revolución. Ésta les parece una tarea fastidiosa y temible, que no ofrece “resultados concretos a corto plazo” (de nuevo aparece la idea burguesa del beneficio máximo lo antes posible) y en la cual su hipertrofiado yo puede padecer daño o mal.

No se puede hablar de poner fin al capitalismo al mismo tiempo que se vive con su ideología fundamental día a día, el interés particular.

Como consecuencia de lo expuesto hay un olvido general no sólo del vocablo (del que es cierto que no debe abusarse, lo que es muy diferente de su sistemático desuso actual) sino, sobre todo, del concepto de revolución, como propósito, designio y meta, en lo que tiene de suficiente y de insuficiente, de imprescindible y de limitado, de necesario y de parcial. Casi todos creen, en el fondo, que bajo el actual orden se pueden lograr transformaciones sustanciales y sustanciosas, puesto que es “democrático” y “libre”, por lo que no sería adecuado ni legítimo pugnar por su derrocamiento. Ese estado de ánimo es el que va a permitir al sistema salir bien parado de la actual acumulación y combinación de diversos tipos de crisis.

Todo ello ha tomado un giro inquietante, no por esperado menos luctuoso, en la era de Obama, que no afecta de manera exclusiva a EEUU, pues los países europeos están realizando ya la misma política. Para hacer frente más desahogadamente no sólo a la crisis sino a la necesidad de recomponerse como gran potencia imperialista, junto con la Unión Europea, el Estado norteamericano ha tomado la decisión de ampliar su base

⁴ En nuestra desventurada edad se suele creer que la calidad de los seres humanos es algo dado, que no puede ser cultivado ni aumentado. Pero no es así. Los antiguos sabían que la persona es capaz de mejorarse a sí misma, y que debe hacerlo toda su vida conforme a un método. Un texto que invita a ello, por citar uno de los más antiguos de nuestra cultura, la occidental, es “Versos áureos”, de Pitágoras, del siglo VI antes de la era en curso. En él se encuentran ideas provechosas, y otras que lo son menos. Entre las primeras hay una de notable significación para la etapa de crisis múltiples en que nos estamos adentrando, “convéncete de que las cosas de naturaleza penosa contribuyen más a la virtud que los placeres”. Pero la noción de virtud, o valía personal auto-constituida, ha sido extinguida, a fin de que el capital y el Estado tengan ante sí monigotes con aspecto humano, a los que manejar sin dificultad.

social, de expandir sus apoyos de masas. No le basta, en la complicada hora presente, con los reaccionarios habituales, por lo que ha decidido atraer a los nuevos reaccionarios, los movimientos “antisistema” de antaño que hoy, corrompidos por su silencio ante el orden parlamentario, el sectorialismo corporativista, el egotismo como única ideología del sujeto, la falta de sentido de la historia, el culto por el hedonismo, el generoso sistema de subvenciones que ha hecho de sus jefes y jefas unos funcionarios del Estado más, y la general falta de perspectivas revolucionarias, se han convertido en firmes sostenedores del capitalismo y el Estado en las nuevas circunstancias.

Entre los nuevos reaccionarios están quienes pagan impuestos con gusto, van a sus trabajos decididos a rendir al máximo para que “el país supere la crisis”, se enrolan en el ejército (sobre todo negros y mujeres, en EEUU; aquí obreros parados, inmigrantes y mujeres), la policía y la judicatura, se empiezan a ofrecer como confidentes e informadores a las fuerzas represivas, obedecen con entusiasta docilidad las órdenes y leyes promulgadas por las autoridades, refuerzan, aún más si cabe, su función aleccionadora y propagandística en sus actividades profesionales como profesores, intelectuales, artistas, comunicadores, enseñantes y pedagogos. Son, pues, los movimientos sociales que ¡aún! tienen la avilantez de afirmarse “antisistema” quienes están salvando al sistema, sobre todo al imperialismo norteamericano, en un momento crítico, los ecologistas, feministas, anti-racistas, homosexuales y lesbianas, ONGs, pacifistas y otros similares. Éstos son los nuevos patriotas, los nuevos guardianes del orden constituido, los nuevos reaccionarios, con las pertinentes excepciones de unos pocos colectivos y personas clarividentes e incorruptibles en cada uno de dichos movimientos, los cuales merecen todos los respetos.

Ello evidencia los logros formidables del orden político en curso para superar airoosamente la crisis de la que saldrá, dadas las circunstancias, extraordinariamente fortalecido. Es inapropiado considerar, como se ha expuesto, que el único, el principal, recurso institucional ha de ser la represión, o el acudir a grupos o movimientos fascistas o de extrema derecha. Hay que considerar que en EEUU, con motivo de la crisis de 1929, no fue el fascismo el sistema político de que principalmente se valió el poder constituido, sino de su alianza con los movimientos y organizaciones progresistas, concretada en la política de “New Deal” desarrollada por el presidente Roosevelt desde 1933, la cual tuvo un éxito abrumador, pues casi todo el país, comenzando por el Partido Comunista, los intelectuales radicales y los sindicatos, apoyó su política de recomposición del orden vigente.

Ello permitió a EEUU preparar de la mejor manera posible la guerra imperialista, a la que se sumó en 1941, y de la que resultó potencia hegemónica. Tampoco Inglaterra acudió a la problemática solución fascista, ni Francia (aunque su clase alta estuvo dudando mucho tiempo). Es curioso que los países que renunciaron al fascismo fueran vencedores en 1945, lo que dice bastante acerca de la superioridad, conforme a sus intereses estratégicos, del régimen de dictadura parlamentaria y partidocrática. Hoy Obama realiza una reedición de la política de “New Deal”, en las nuevas condiciones y sus logros son ya bien visibles, pues la contienda de Afganistán es la primera, desde la II guerra mundial, que no está encontrando oposición de importancia en la calle, lo que es una situación óptima para el militarismo e imperialismo USA. Tales son los aciagos efectos del neo-racismo progresista, que presenta el acceso de Obama al poder como un éxito de la lucha del “pueblo negro” (convertido en nueva “raza superior”, que desbanca a la aria en tan chusca calificación) y por tanto, apoyable. Quienes así arguyen no tienen en cuenta que el Estado y el capitalismo son realidades sustantivas de poder que se renuevan constantemente, de manera que si ayer se personificaron en los blancos, hoy lo hacen cada vez más por